[Otra edición en: *Historia de los parques y jardines en España*, Madrid 2001, 21-35. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, revisada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.]
© Texto, José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

# Los jardines en la Hispania romana

José María Blázquez Martínez

**[-21→]**

Una de las múltiples aportaciones de Roma a España fue el urbanismo de tipo itálico y concretamente, las plazas y los jardines, tanto de uso público como privado. Hasta el momento presente no han aparecido testimonios de la existencia de jardines dentro de las poblaciones de la España romana, pero se tiene certeza de que eran copia de los existentes en Roma. La primitiva palabra para designar el jardín entre los romanos era *hortus*. El jardín privado ocupaba un lugar importante en la Roma antigua pues, según la tradición jurídica romana, era la única parte de la propiedad sobre la que el heredero poseía un derecho inalienable y tuvo un cierto carácter religioso, que en alguna medida le asimilaba jurídicamente al hogar doméstico, dedicado al culto de los Lares o antepasados.

El naturalista latino Plinio el Viejo, que murió en el siglo I, en su *Historia Natural*, escribió «*el hogar y el jardín son los únicos lugares donde consagramos figuras de Sátiros para evitar los maleficios del mal de ojo*». Plauto, comediógrafo que murió en el año 184 a.C., afirmó que los jardines estaban bajo la protección de Venus. Estas imágenes de Sátiros, capaces de evitar el mal de ojo y de trasladar los maleficios a un lugar próximo, eran las imágenes de Príapo, del que en España ha aparecido una colección, dios protector de los jardines, pero no el único ni el más antiguo, también los Lares lo eran, principalmente el Lar agreste y el Lar familiar En origen, Príapo y Lares tenían grandes diferencias entre sí, pero también ciertos rasgos comunes que se aproximaban en la veneración popular. El Lar familiar; según Plinio, poseía igualmente un carácter fálico en determinados casos.

Hasta el momento actual no ha aparecido en los jardines de España ningún testimonio del culto a los Lares. En origen, el larario en Roma se colocaba en el atrio de las casas y en la galería próxima para pasar después al peristilo y al vergel.

En los casos de Pompeya, los jardines se vinculaban con los Lares. Aparecen como santuarios rústicos en las primitivas pinturas pompeyanas con paisaje agreste. Los atrios en la pintura pompeyana se convirtieron en jardines decorados con plantas y pájaros, entre los que serpentean las culebras.

En los santuarios de los jardines no sólo se veneraban los Lares, sino otros dioses del panteón greco-romano, como Fortuna, Esculapio, Apolo, Hércules y Diana. No se han descubierto pruebas de ello en nuestros jardines, sólo un bronce de Lora del Río, Sevilla, que representa a Lar con Cornucopia de frutos, probablemente procedente de un jardín y ninguno de culto a estos dioses, ni a Venus, citada por Plauto como diosa vinculada con los jardines. Venus era una diosa itálica protectora de los jardineros y de los vendimiadores, pero su culto desapareció en el Imperio Romano; por este motivo, seguramente **[-21→22-]** no se documenta en los jardines romanos de España, que son de fecha posterior del final de la República. Su culto en Roma fue muy popular y era venerada por los vendimiadores del Lacio, de Campania y de Umbría.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Desde el final del siglo I a.C., y durante todo el Imperio, las casas de Italia estaban rodeadas de pequeños jardines y de vergeles, al igual que debió suceder aquí, aunque los testimonios sean muy escasos. Sí pervivieron en las grandes *domus*, luego transformadas en parques, pero no se conocen hasta hoy a existencia de vergeles, que sin duda los hubo.

Terencio, escritor de comedias que murió en el año 159 a.C., legó a su hija veinte yugadas de jardines sobre la Vía Apia, cerca del templo de Marte. Todo el barrio de este templo y las riberas del Almo estaban cubiertas de pequeños jardines entre las plantaciones de legumbres. Probablemente lo mismo sucedía en las proximidades de nuestras ciudades asentadas junto a ríos, como Hispalis y Córdoba, próximas al Betis o Augusta Emérita, sobre el Guadiana. Estos lugares eran visitados por los habitantes de las ciudades y utilizados como sitios de recreo a la caída del sol.

En las grandes explotaciones agrícolas, típicas en la España de la Tarda Antigüedad, siglos IV y V, con altas producciones de aceite y de vino, y que también alimentaban a grandes cantidades de ganado, como la de Pedrosa de la Vega (Palencia), Valdearados (Burgos), Los Quintanares y Santervás del Burgo (Soria), Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Yecla (Murcia), Arcos de la Frontera (Cádiz) y Torrox (Málaga), se plantaban jardines que no solamente servían para e solaz de los propietarios de la finca, también se cultivaban en ellos hortalizas y otros productos que consumían la familia de los dueños y el personal de servicio. Los jardines en las villas, desde el siglo II a.C., colaboraban al mantenimiento de un sistema económico que tendía a abastecerse de todo lo necesario, como se lee en el tratado *Sobre el cultivo del campo*, obra de Catón, pero desde fecha tan temprana y en años sucesivos se carece de datos de este sistema de jardinería en las explotaciones hispanas. El sistema descrito por Catón, que era agricultor versado en el cultivo del campo, acabó por generalizarse en Italia. Es de suponer que los colonos itálicos lo trasladaron a España a finales de la República. Fue un sistema de cultivo de la tierra que introdujo una economía nueva.

Los jardines cumplían una doble finalidad: por un lado, proporcionaban el alimento necesario al personal de servicio de las fincas, que generalmente era mano de obra servil; de otra parte, suministraba a los habitantes una producción alimentaria fácil de obtener; principalmente en un tiempo en el que los transportes eran lentos y además, servían de lugares de esparcimiento. Plinio el Viejo menciona grandes plantaciones de alcachofas en las proximidades de Córdoba y Cartagena, que formaban parte de los jardines. Estos jardines en las proximidades de las grandes ciudades, según testimonio del gaditano Columela –que poseía fincas en Italia y sus familiares en la Bética a mediados del siglo I–, proporcionaban a los pobres gran cantidad de legumbres, modalidad de cultivo que fue copiada por Roma del Mundo Helenístico, en donde ya se remontaban al Egipto de los Ptolomeos.

Probablemente, la costumbre de cultivar grandes cantidades de flores en los jardines procede de Egipto. Violetas y otras variedades **[-22→23→24-]** eran utilizadas por los fabricantes de coronas para entierros y para adornar las cabezas de los comensales en los banquetes. En las proximidades de las grandes ciudades de España había viveros, cuya misión era abastecer de plantas y flores a los jardines de las casas y adornar las tumbas, sobre las que se depositaban guirnaldas con hojas de laurel o de frutos. Plinio, que fue procurador de la provincia Tarraconense en época flavia, hacia el año 74, menciona en su *Historia Natural*, el cultivo de rosas en las proximidades de Cartagena, noticia que nos confirma la existencia de viveros.

Los primitivos jardines romanos progresivamente se transformaron en grandes parques de solaz y recreo pero, a imitación de los sistemas económicos helenísticos, productivos, y de cuyos frutos se alimentaban los habitantes de las ciudades y el campo. Al

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

parecen en los grandes parques no productivos de alimentos se generalizó la plantación de plátanos y laureles. Esta última costumbre rompió la tradición antigua y siguió modelos extranjeros. El viejo carácter romano de los jardines ligados a la religión se perdió y se puso de moda el gusto idílico por el campo, del que la pintura pompeyana ha dejado multitud de testimonios. Nace así una nueva sensibilidad ante los jardines que originó el arte de la jardinería, que se documenta al mismo tiempo en la literatura y en la retórica griega y romana, de lo que son buenos ejemplos los escritos de Varrón, de Cicerón, de Lucrecio y de Catulo al final de la República y, en época augustea, los de Virgilio, Horacio, Propercio, Tíbulo y Ovidio.

Los griegos habían creado teorías sobre los más diferentes aspectos de la actividad humana, como la música, la medicina, la retórica, etc., y las normas griegas sobre jardinería influyeron en el cultivo de los jardines romanos y, a través de estos, en los de España. Ningún tratado griego sobre jardinería ha llegado a mundo moderno; sin embargo, es posible rehacer las líneas generales de estos tratados. Debían contener algunos consejos de carácter estético y práctico, y hasta prescripciones para alimentar los pavos reales o como echar a volar pájaros de entretenimiento, de ello hay testimonios, en relieves y pinturas, de que en los jardines romanos de España además de cultivar plantas, se mantenían aves.

El jardinero en Roma se llamaba *topiarius* y las palabras *arborator*, *vinitor* y *olitor*, indican una especialización en el cultivo de los jardines. El término de carácter general equivalente al de jardinero en las lenguas modernas, es *hortulanus*, hortelano, de aparición relativamente tardía, pues no se documenta hasta el siglo II y la palabra *topiarius* sólo se aplica a jardines de recreo. Cuando el jardín se especializó en el cultivo de determinadas plantas, los esclavos encargados de los diferentes cultivos recibieron un nombre según sus funciones; y aparecen los términos *arborator*, *olitor* y *vinitor*, típicamente latinos.

La jardinería como arte especial se menciona por primera vez en Cicerón en una de sus cartas. Este arte consistía en colocar las plantas entre las columnas y en podar los árboles de diferentes maneras, de modo que siempre tuvieran ramas nuevas. Se podaban de modo que representasen cacerías, olas y otras composiciones y Plinio indica que con las plantas los jardineros hacían diferentes figuras y escenas, de lo que es un buen ejemplo los árboles plantados delante de la fachada de la villa en el mosaico de Els Ametllers. En el apartado de los jardines públicos hay que colocar los bosques sagrados, los lugares de paseo y las termas. Varios bosques sagrados vinculados a una gran ciudad se documentan en España. Uno es el *Lucus Feroniae*, en territorio de Augusta Emérita, otro es *Lucus Augusti*, dedicado a Augusto, que dio lugar a Lugo, fundación de las Guerras Cántabras, y un tercer *Lucus* es el Lugo de Llanera, en las cercanías de Gijón. Marcial menciona un bosque sagrado, el Boterdo, que se encontraba bajo la protección de Pomona, diosa protectora de los frutos y de los jardines y también de un encinar sagrado, el Burado, que pudo ser lugar sagrado para los celtíberos.

En la religión romana, desde tiempos antiguos se atestigua el culto a los bosques. En Roma, los árboles sagrados recuerdan el mito de la Roma antigua cantado por Virgilio en su Eneida. En estos bosques y también alrededor de los árboles sagrados, se desarrollaban los ritos más arcaicos de la religión romana: la higuera Ruminal y los Lupercales, las ceremonias de los Arvales, de la Dea Dia y de Vesta al pie del Palatino. También en España hubo árboles famosos; tenemos noticias de uno plantado por César que crecía en una casa de Córdoba, otro en Cádiz que llamaba la atención por su rareza y un tercero era el olivo de oro, de aceitunas de esmeralda, **[-24→25-]** que estaba en el Heracleion gaditano. Al final de la República Romana quedaban pocos de estos lugares

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

consagrados a los dioses itálicos o etruscos. Quizá algunos de estos cultos continuaron en el *Lucus Feroniae* de Augusta Emérita, que era un bosque sagrado importado por los colonos romanos, cuyo verdadero carácter aún se desconoce.

Durante los años que van de a muerte de Agripa, 12 a.C., a los del gobierno de Nerón, no aumentó el número de jardines públicos en Roma, salvo el que tenemos de Claudio. En el año 62, Nerón retomó la tradición de Augusto y Agripa y comienza la **[-25→26-]** construcción de un tipo nuevo de jardín para recreo del público: los jardines de las termas, cuyo precedente está en un jardín regalado por Agripa a los ciudadanos de Roma. Las termas romanas no son más que una forma evolucionada del gimnasio griego. Desde los tiempos de Sila (138-78 a.C.), se construyeron termas parecidas a las que después se iban a levantar en Roma y en el resto del Imperio Romano, como las de Pompeya, los baños de Stabies y los del foro, en los que se yuxtaponen una palestra y baños. En Roma se dio más importancia a las termas que a la palestra; en cambio, en los jardines de Agripa se daba más importancia al gimnasio, lo que significaba una regresión en relación con las innovaciones introducidas en Pompeya, En las termas de Tito (79-81), levantadas en los jardines de la Casa de Oro, las salas termales estaban encuadradas entre dos jardines y uno de ellos pertenecía a la *Domus Aurea*. Un plan análogo se repite en las termas de Trajano, construidas pocos años después, que cubren la zona que quedaba de aquella casa y la terraza se cubría por un jardín. Una descripción parecida se repite en las termas imperiales de Caracalla (211-217) y en las de Diocleciano (243-313), que eran verdaderos parques públicos con bibliotecas, exedras y otras dependencias como complementos de los jardines.

En España se conocen unas termas de época flavia, con palestra y con jardín de planta rectangular, en Segobriga (Cuenca). La palestra estaba construida entre la muralla, las termas del teatro y la basílica. Posiblemente las termas de Alange (Badajoz), de aguas medicinales, no lejos de Augusta Emérita, aisladas en pleno campo, estuvieron rodeadas de jardines que no eran acompañamiento secundario y al sur locales de diversión y encuentro que satisfacían el gusto romano por la naturaleza y su amor por el campo. En las termas de Stabies, la decoración interior en los muros del *frígidarium* eran jardines representados según el arte ilusionista. La muralla tenía nichos decorados con vasos en medio de plantas y de pájaros, sobre un fondo de cielo y, entre los nichos, se representaba un jardín. Detrás de las plantas verdes y de los pájaros, el pintor colocó rosas, una adelfa y una palmera y, entre los pájaros, un pavo real y un faisán. También se encuentra en el jardín una escultura de Sileno. Esta decoración de plantas, aves, pájaros y seres mitológicos se repetía en los jardines. Un *frigidarium* de estas mismas termas era la piscina de la palestra, que también se vuelve a encontrar en las termas de Segobriga y estaba **[-26→27-]** flanqueado por dos salas decoradas con jardines con la finalidad de meter la naturaleza dentro de los baños.

La decoración de plantas, aves y figuras de los jardines de España fue parecida a la de Italia por los datos que ha proporcionado la arqueología, que no son muchos, pero sí permiten hacerse una idea aproximada. No se conserva ningún tratado sobre los jardines de recreo y hay que acudir a obras indirectas, corno la *Historia Natural* de Plinio, que contiene indicaciones, cuya primera parte del libro XXI trata sobre la naturaleza de las flores y de las plantas usadas en las coronas. El naturalista latino nunca se propuso hacer un catálogo de las plantas cultivadas, sino sólo de las utilizadas para hacer coronas. La enumeración de las plantas es, pues, de carácter utilitario. Este autor subdivide las flores de las coronas en dos apartados: las que se cultivan en jardines y las restantes. Parece lógico deducir que las cultivadas en los jardines son todas as empleadas en las coronas y, de muchas de ellas, Plinio indica que también se usaban en la decoración de los jardi-

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

nes, como el acanto y la hiedra. Las plantas cultivadas y más concretamente las usadas en las composiciones pictóricas, según este autor son, entre los árboles el plátano y el ciprés, y entre las plantas de menor tamaño, el mirto, el culantrillo y el racimo de la cinoglosa, plantas frecuentes, decorativas y que conservaban el verdor siempre y algunas de ellas, como el culantrillo, evocaba por sí sola un paisaje. También los jardines romanos lograron obtener especies enanas de plátanos y cipreses para, en un espacio reducido, producir la impresión de grandes parques.

En la decoración de los jardines, los árboles desempeñaban un papel fundamental. Por la misma razón, las plantas más representadas en las pinturas de los jardines son la hiedra, el laurel y el laurel rosa, si bien había una cierta predilección por el follaje, razón por la que abundan las coníferas en los paisajes de las villas. Frecuentemente el acanto forma él solo el fondo de la decoración, al igual que los laureles y los cipreses. Marcial menciona en los jardines de recreo el mirto, el laurel y el boj, Plinio el laurel de los Pirineos, que era muy abundante y, años antes, el gran lírico Horacio, contemporáneo de Augusto, cita entre las plantas de los jardines: los laureles, las violetas, el plátano y el mirto. **[-27→28-]**

En los mosaicos, uno de los motivos decorativos más frecuentes son las guirnaldas entremezcladas con frutos, flores y follaje. Un mosaico del vestíbulo de la villa del Ramalete (Navarra), decorado con guirnaldas de hoja de laurel entrelazadas, que forman arcos con ramos de rosas y delfines en los espacios interiores, posiblemente representó un jardín y, en un segundo mosaico de esta misma villa, también es muy probable que se volviera a representar un jardín, pues su decoración consiste en arcos imbricados, con aves posadas sobre plantas, rosetas, hojas, capullos, rosales, cestos llenos de frutos, etc. Ambos se fechan en el siglo IV.

En los jardines se colocaban con frecuencia fuentes que formaban parte de los ninfeos. Muchas veces eran grutas artificiales con cascadas de agua, capillitas, templetes y otras edificaciones, donde se hacían diferentes juegos con el agua y en los jardines pompeyanos producían efectos de luz. También se colocaban junto a las fuentes diferentes seres mitológicos o reales como las ninfas sobre la concha, delfines, Sátiros y Silenos. En la Casa de la Fortuna, Cartagena, dos esculturas de fuentes son mujeres. Conocemos dos fuentes muy parecidas, de forma piramidal y escalones, con un joven desnudo apoyado en uno de ellos, procedentes de Tarragona y de Córdoba, fechadas ambas en el Bajo Imperio, que probablemente lo fueron de jardines.

En Cartagena han aparecido una cantidad notable de pequeñas figurillas que se supone decoraban los jardines de las casas de la ciudad. Horacio describe un vergel lleno de bacantes y de musas y Cicerón menciona las estatuillas de musas que embellecían los jardines romanos. Eran esculturas con imágenes de Baco, Ariadna, Sátiros, ninfas de fuentes, además de discos de piedra decorados con personajes del cortejo báquico, para ser colgados de las ramas. En los árboles de los jardines de Pompeya y de Herculano colgaban discos decorados con composiciones báquicas, que igualmente adornaban los jardines de Cartagena y Córdoba.

Los ninfeos eran santuarios de las ninfas, que adornaban frecuentemente los jardines en una gruta en el centro de un bosque de plátanos. Séneca describe el jardín de la villa de Vatia, al sur de Cumas: tenía dos amplias grutas, una no recibía el sol y en la otra se mantenía hasta su ocaso. Una corriente de agua que ponía en comunicación el mar y el lago dividía la plantación de plátanos. Estos ninfeos se pusieron muy de moda en Roma y Plinio nos conserva la noticia de que la piedra pómez se utilizaba en los jardines para hacer grutas artificiales. El ninfeo más famoso de España era el de Santa Eulalia de Bóveda (Lugo), decorado con un jardín, composición típica del siglo IV. Se re-

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

presentan en la pintura multitud de aves pequeñas, como gorriones y tordos, gallinas, perdices, pavos reales y faisanes dentro de una red de hojas acorazonadas. En otra composición vemos un gallo delante de una planta. El edificio tiene una piscina, cuatro columnas, una corriente de aguas medicinales y varios relieves alusivos **[-28→29-]** a la curación, por lo que también habría danzas sagradas.

Plinio, como decíamos, menciona los símbolos dionisíacos de los jardines, de los que el principal es Príapo, que poco a poco perdió su carácter de dios, se asimiló a los sátiros, acabó sumándose al cortejo báquico, como Silvano, y su escultura pasó a decorar numerosos jardines. En España ha aparecido una buena colección de esculturas suyas que decoraban jardines, como lo prueba que en un mosaico de la Bobadilla (Málaga), Príapo ocupó el centro del jardín, rodeado de flores, de aves y de un par de sandalias, que refuerzan su sentido mágico. Las esculturas encontradas en España proceden de Montjuïc (Barcelona), de Linares (Jaén) y de Tarragona.

El carácter dionisiaco del jardín queda bien patente en la presencia de cráteras y de guirnaldas de máscaras, documentadas en los jardines que rodeaban el mausoleo de Augusto en Roma. Los jardines representados en la pintura pompeyana, llenos de estatuas de Ménades, Faunos, Silenos, Sátiros, ninfas y del propio Dionisos, tienen más carácter ornamental que religioso. La mayoría de ellas proceden de jardines urbanos y las de Dionisos, o de su círculo, halladas en España, decoraban con seguridad los jardines, como las de Baco de Aldaia (Valencia), de Zaragoza y una de procedencia desconocida, hoy conservada en e Museo Arqueológico de Barcelona y del de Mas de Morell; de Heracles de Santa Tecla de La Guardia (Pontevedra), de Valladolid, de Alcalá la Real (Jaén), de Tarragona, de Torrejones de Yecla (Murcia); de Silvano de Itálica (Sevilla); de Sátiros de Támara (Palencia); de Sileno de Ampurias (Gerona); de Córdoba y de Málaga; de Faunos del valle de Abdadajís (Málaga) y de Itálica, y del Fauno y Bacante de esta misma localidad.

En representaciones de jardines en los mosaicos de España están presentes diversas figuras dionisíacas. Un pavimento descubierto en El Vilet (Lérida), representa un jardín y el centro de la composición lo ocupa una crátera agallonada con dos peces en su interior y dos palomas posadas sobre las asas, todo enmarcado por rosales entre palomas. Se data esta pieza en el siglo IV.

En la villa de Fraga (Huesca), datada en torno al 400, el peristilo, de planta rectangular, tiene un jardín de 350 $m^2$, varios pozos y una piscina, El mosaico del suelo del peristilo va decorado con la representación de un jardín lleno de símbolos dionisíacos, como una crátera de la que brotan zarcillos cargados de uvas, dos erotes semidesnudos que llevan cestas para vendimiar; perdices y otras aves y plantas, Magníficamente se representan en este mosaico las diferentes figuras del mundo vegetal y animal de los jardines, a los que se añaden erotes vendimiadores, coronas y cestas con plantas, que sin duda se cultivaban en ellos. El medallón central de un mosaico que decoraba una habitación de la villa del Ramalete, fechado en el siglo IV avanzado, representa también un jardín y el centro de la composición lo ocupa una crátera entre dos erotes que la sostienen por las asas; dos palomas **[-29→30-]** se posan sobre la boca del recipiente y varios capullos de flores están esparcidos por el suelo, todo ello dentro de una corona de hojas de laurel. Cuatro cestos repletos de frutos ocupan las esquinas del pavimento, que encuadrado por un arco de roleos, con aves posadas en sus puntas, el mosaico representa; sin duda, un jardín en el que el elemento dionisiaco juega un papel importante.

Plinio el Joven, en una carta que escribió a comienzos del siglo II, afirma que los jardines con cráteras de las que brotan plantas cortadas de forma piramidal o cónica, son de tipo clásico. En España se pueden recordar varios de este tipo: el mosaico de la basí-

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

lica de Illeta del Rey en Mahón, fechado a finales del siglo IV, representa un jardín con cráteras en las esquinas de las que brotan pirámides de hojas de laurel, repletas de manzanas, de granadas y de zarcillos. En el tapiz del mosaico corren un ciervo y un perro entre patos, zarcillos y rosas. Una composición parecida se repite en la villa del Reguez (Lérida), con cráteras en las esquinas, de las que crecen pirámides de hojas de laurel; todo el tapiz esta cubierto de roleos de hojas de acanto. Se fecha este mosaico a finales del siglo IV. Un jardín semejante, con detalles de gran originalidad, decora un mosaico de la segunda mitad del siglo IV en una de las habitaciones del ala norte del peristilo de la villa del Prado (Valladolid); las cuatro esquinas están ocupadas por cráteras de las que brotan guirnaldas de laurel formando arcos; en los espacios intermedios crecen roleos en las cráteras. Otro mosaico, hallado en Liédena (Navarra), fechado a principios del siglo IV, jarros sin asas ocupan los cuatro ángulos; a los lados alternan tallos con hojas y palomas y dos círculos concéntricos de hojas de laurel rellenan el interior. **[-30→31-]**

Las cráteras en estos mosaicos hispanos son muy probablemente símbolos de Dionisos, dios que en el Bajo Imperio gozaba de gran aceptación entre los dueños de los grandes latifundios, como lo indican los pavimentos musivarios con Dionisos y su cortejo del olivar de La Oliva (Cáceres), del siglo IV, de Alcalá de Henares, de la época de Teodosio I y de Santisteban del Puerto (Jaén), datado en el siglo VI. Los temas dionisíacos se colocaron en los jardines no por razones estéticas o decorativas, sino por ser el jardín el lugar más adecuado para el *thiasos* báquico.

Hacia mediados del siglo I a.C., cuando se impuso en Roma la moda de los jardines, apareció la necesidad de colocar esculturas de carácter semireligioso, que expresaran una visión nueva de la naturaleza. Por estos años, Cicerón encargó a su amigo Atticus que le proporcionara estatuas procedentes de Grecia para los jardines de sus villas. Otros dueños romanos de fincas, pedían para los jardines de sus villas, a los talleres que trabajaban en Italia y principalmente en Roma, esculturas de Ménades y de Sátiros, en lugar de bustos de oradores y de filósofos, tan del gusto del Helenismo. Con la introducción del *thiasos* en los jardines, la naturaleza entró en el ciclo dionisiaco, y con él las viejas deidades griegas de la fecundidad como Dionisos, Hércules, Príapo, las ninfas y Pan. En los jardines de su villa, el gran poeta latino Horacio recitó en honor de la fuente Bandusia la celebérrima oda y sacrificó en su honor un macho cabrío, animal vinculado por excelencia a este culto.

El sentimiento de los romanos hacia la naturaleza no se centró exclusivamente en Dionisos. Otros dioses, como Apolo, Silvano y Pomona, diosa de los frutos, se vincularon con los jardines. Cuando el poeta Tíbulo habla de los campos, describe los santuarios y los dioses rústicos, los árboles coronados con flores y las piedras, todo ello propiedad de los dioses, pues toda la naturaleza, como decíamos, era un paisaje sagrado. **[-31→32-]**

Los jardines, también se decoran con leyendas o mitos griegos, como el suplicio de Dirce, cantado frecuentemente por los poetas helenísticos y representado en la pintura de Pompeya y en un mosaico de Écija del siglo IV, aunque se ignora qué lugar ocupaba en la casa en la que apareció, si bien la presencia de una pareja de zancudas y un árbol situados en el campo indica que pertenecía a un gran jardín.

Otra leyenda mitológica que se representó frecuentemente en los jardines es la de Orfeo amansando a las fieras con su música. La temática se adaptaba bien a los jardines, pues la escena se situaba siempre en el campo, con Orfeo sentado sobre una roca tocando a lira, o a la sombra de un árbol, acompañado de aves, fieras y de otras especies. En España ha aparecido esta composición en mosaicos de Itálica, Augusta Emérita, Zaragoza, La **[-32→33-]** Alberca (Murcia), Santa Marta de los Barros y Pesquero (Badajoz), todos fechados en época imperial. Se desconoce exactamente el lugar de aparición de

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

estos mosaicos dentro de las casas, pero a juzgar por el tema, bien podría tratarse de pavimentos de jardines. Se conservan pocas huellas de jardines en los alrededores de las villas, o los espacios dedicados a ellos en el interior. En ciertos peristilos hay espacios, como en las villas de Cuevas de Soria y en la de Montijo, dedicados a jardines, cuya funcionalidad era introducir la naturaleza dentro de la villa y satisfacer el gusto romano por ellos. La villa del Santiscal, situada en Arcos de la Frontera (Cádiz), en la ribera izquierda del Guadalete, está construida alrededor de un peristilo rectangular que tenía una piscina y un jardín. Una villa de planta rectangular; con tejado a doble vertiente y alta torre rodeada de un jardín con árboles, está representada en un mosaico del mausoleo de Centcelles (Tarragona). La villa de Santervás del Burgo (Soria) era una gran edificación de tipo clásico, habitada desde mediados del siglo II hasta la mitad del siglo IV; tenía también un gran peristilo central con galerías y un jardín; en el lado norte se hallaban las dependencias agrícolas y los jardines. En el mosaico de Arróniz (Navarra), fechado en el siglo IV, adornado con figuras de las nueve musas en el interior de recuadros dispuestos alrededor de un medallón central, **[-33→34-]** en el interior de una guirnalda de hojas y de frutas, decorado con el caballo Pegaso, las musas se encuentran en pleno campo, delante de las villas, rodeadas de árboles, que muy probablemente simbolizan de modo esquemático jardines.

En la casa del Triclinium de Itálica existió un jardín con peristilo. En la época romana, Portugal formaba un todo con el resto de la Península Ibérica, por ello traemos a colación aquí el jardín más completo y mejor organizado que conocemos en viviendas privadas de Hispania, que es el de la llamada *Casa de los juegos de agua*, de Conimbriga. Recibe su nombre de los más de cuatrocientos surtidores que cubrían su gran patio con peristilo, que alcanza los 26 m de longitud y casi 12 de anchura.

Todo el espacio central de este peristilo estuvo ocupado por un estanque, organizado geométricamente con seis exedras enfrentadas y unidas por espacios rectangulares. El agua de este estanque servía para el abastecimiento de las letrinas de la vivienda, situadas a un nivel más bajo y comunicadas por una conducción. Una estancia contigua a este peristilo, también organizada como parte del jardín, contenía un estanque rectangular y un pequeño larario, de donde los excavadores del recinto suponen que procede el altar dedicado a los Lares de las aguas. Como en casi todos los modelos que conocemos en el jardín clásico, Conimbriga combina el porte de una arquitectura en piedra y ladrillo con amplios espacios descubiertos con agua y vegetación, en los que el ritmo lo impone la caída de los surtidores sobre los estanques; la estética de los mosaicos en el pavimento, la combinación de formas geométricas y el murmullo de agua, sirvieron así para generar un ambiente armónico que convirtió el jardín en el centro de la vivienda y en distribuidor de espacios para los diferentes usos domésticos.

En la parte posterior de la escena de los teatros solía haber un peristilo con jardín que servía para guarecerse de las lluvias, pasear durante los entreactos o para ensayar el coro. En una esquina se encontraban los servicios. El mejor ejemplo conservado de jardín de teatro en España es el de Augusta Emérita. La *porticus post scaenam* del teatro de Mérida corresponde a la primera fase del monumento (últimos años del siglo I a.C., y comienzos de la centuria siguiente), como denota su arquitectura de granito con paramento estucado en tonos rojos y ocre. Ofrecía una columnata en dos tramos y su planta es levemente cuadrangular. La superficie **[-34→35-]** estaba totalmente ajardinada y dotada de fuentes, una de las cuales, la situada en el frente septentrional, se ha conservado perfectamente. Un canal revestido de mortero hidráulico corría por todo su perímetro. En ese inmenso jardín no faltaban esculturas y un reloj de sol, hoy en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

En la mayoría de los teatros datados al cambio de era y comienzos del principado, solía haber un pórtico ajardinado, aunque en muchos no haya constancia de ello por no haberse excavado esta zona o por estar destruida. Vitruvio se refiere a este pórtico ajardinado como a un elemento frecuente en los teatros de su época. La finalidad que este tratadista de arquitectura le asigna indica su necesidad y debían tener columnas con capiteles de orden dórico con arquitrabes, con los espacios intermedios adornados con plantas y zonas verdes.

El teatro de Zaragoza, del que se ha excavado una pequeña parte del edificio, debió tener también un pórtico ajardinado, como los de Clunia, Bilbilis (Calatayud, Zaragoza), Tarragona, Sagunto (Valencia), Acinipo (Málaga) y Baelo (Cádiz).

Finalmente, cabe señalar que en España tan sólo ha sido documentada la plaza pública ajardinada de Itálica, que era de planta triangular y estaba en el interior de la ciudad lindando con la muralla.

© José María Blázquez Martínez
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia